

Allá en el norte grande, allá donde escribía

Gabriel Trujillo Muñoz

El norte como novedad de la patria
Cómo es que una región del país surge como centro de atención por sus manifestaciones artísticas, especialmente cuando el país de referencia es México, donde el centralismo prevalece y todo lo que no sea producido en la capital es obra menor, cultura provinciana o artesanías autóctonas para consumo turístico? Si vemos la historia de la cultura mexicana hemos de reconocer que ésta —en manuales, monografías o estudios— escasamente es un recuento de la cultura nacional, tal vez porque lo nacional se circunscribe a la ciudad de México o, cuando mucho, al centro del país.

Las excepciones son igualmente pocas: Chiapas y sus poetas, Jalisco y sus narradores, Oaxaca y sus pintores, Guanajuato y su festival cervantino, Monterrey y sus museos. El resto es un México indistinto, que se pierde tras el horizonte monstruoso de la capital del país, centro rector que establece, según sus criterios y prerrogativas, qué es arte y cultura en cada una de las épocas del desarrollo de nuestra nación y que sólo acepta como creadores a los que, venidos de todos los rumbos de México, han optado por vivir en «la región más

transparente del aire», es decir, en la cúspide del mito cultural que manifiesta que fuera de Cuautitlán todo es barbarie. Sin embargo, los propios cambios ocurridos en los últimos veinte años han transformado la relación entre la ciudad de México y el resto de la nación mexicana: al multiplicarse por decenas las ciudades medias y consolidarse al menos una metrópoli por estado, la situación cultural es cada vez más diversa y menos monolítica. Centros artísticos y grupos de creadores aparecen a lo largo y ancho del país y, aunque la capital siga siendo el monopolio que concentra buena parte de los recursos federales para la promoción artística en educación, promoción y espacios culturales, otras ciudades, universidades, centros de arte e instituciones de cultura se han ido formando y desarrollando como parte de una dinámica regional que se debe a circunstancias más propias de su entorno que a políticas centralistas. Una de las dinámicas más exitosas es la de la literatura que, por no necesitar de una infraestructura gravosa o complicada, se ha podido extender sin dificultad en ciudades medias o grandes. La creación literaria ha sido el ojo del huracán regional que ha logrado reforzarse gracias a

Gabriel Trujillo Muñoz

Poeta, narrador, ensayista y editor, es uno de los escritores más prolíficos y consistentes de su generación. Nació en 1958 en Mexicali y ha publicado más de una veintena de libros que abarcan poesía, ensayo, cuento, crónica y periodismo cultural. Como narrador, destaca en el género de ciencia ficción con su libro de cuentos *Miriada* (1991) y su novela *Mezquite Road* (1995). Está incluido en una decena de antologías y su obra se ha traducido al inglés, ruso y alemán. También ha sido ganador de premios estatales y nacionales en diversas ocasiones en los distintos géneros.
gtm@info.rec.uabc

la fundación de revistas, editoriales independientes o institucionales, mayor nivel cultural en las universidades, talleres literarios, mejores comunicaciones vía Internet, librerías reales o virtuales, grupos activos, etcétera. Una de las regiones pioneras en la descentralización literaria ha sido la frontera norte de México, especialmente en los estados de Nuevo León, Chihuahua, Sonora y Baja California.

Desde 1980 en adelante, la literatura de la frontera norte ha ido creciendo, sin hacer concesiones. Una literatura que ha sido representada tanto por grupos culturales como por creadores individuales. La avalancha de obras de primer nivel en poesía, ensayo, narrativa o dramaturgia, producidas por autores que han apostado, mayoritariamente, por vivir en el norte mexicano y han dado la espalda a la ciudad de México como opción de vida, de trabajo y de inspiración, ha tenido como consecuencia un auge literario sin precedentes en el México contemporáneo. Lamentablemente, lo que se ha ganado en creatividad no se ha podido lograr en retroalimentación crítica. Y cuando ésta se ha dado, ha tenido una repercusión únicamente a nivel local. Esto es: mientras los escritores nortños ya son publicados en las principales casas editoriales del país y más de alguno — como Daniel Sada, Federico Campbell, Jesús Gardea, Luis Humberto Crosthwaite, Gabriel Trujillo Muñoz y David Toscana— en el extranjero, la crítica nacional no siempre les ha prestado la atención que se merecen, tal vez porque muchas de sus obras no han sido publicadas en la capital sino en sus lugares de nacimiento o residencia, ya sean estos Mexicali, Nuevo Laredo, Ciudad Juárez, Monterrey, Hermosillo, Tijuana o Matamoros.

Es por ello que la crítica literaria, los estudios históricos, las monografías

sobre ciertos géneros o temáticas solo se han dado a partir de la última década del siglo XX en adelante. Allí están, como ejemplos mayores, obras como *Mujeres y fronteras. Una perspectiva de género* (1998) de Socorro Tabuenca, *Suma arbitraria. Novísimos narradores en Sonora* (1998) de Ricardo Solís, *De cierto modo. La literatura en Baja California* (1998), *Narradores bajacalifornianos del siglo XX* (2001) y *Tijuana la horrible* (2004) de Humberto Félix Berumen, *Literatura y desierto* (1992) y *Tiempos de cultura, tiempos de frontera* (2003) de Sergio Gómez Montero, *Las formas de la arena* (1996) de Guadalupe Beatriz Aldaco, V, VI y VII *jornadas de literatura regional. Memoria* (2001), recopilación de Rubén Sandoval, *Sudcalifornia: el rostro de una identidad* (2003) de Lorella Castoreña Davis, *Los signos de la arena. Literatura y frontera* (1994), *Literatura bajacaliforniana siglo XX* (1997), *Entrecruzamientos. La cultura bajacaliforniana, sus autores y obras* (2002) y *Mexicali: un siglo de vida artística y cultural* (2003) de Gabriel Trujillo Muñoz.

Hoy, a estas investigaciones nacidas desde lo regional, se les unen obras donde la creación literaria del norte mexicano que ya recibe la atención de críticos nacionales y extranjeros. En Estados Unidos se aplican a estudiarla Claire F. Fox, Mario Martín, Joan Lindgren, Mark Weiss, Harry Polkinhorn, Darrell B. Lockhart, Tom Miller, Miguel López, Pablo Villalobos, Juan Carlos Ramírez, Paul Fallon y Bobby Byrd; en Australia, Diana Palaversich; en Bolivia, Nuria Vilanova; en Francia, Bruno della Chiesa y Anais Fabriol. Por eso mismo, la literatura de los estados nortños es una apuesta, desde la periferia, por el futuro de las letras mexicanas como creación nacional y latinoamericana a un mismo tiempo. Un porvenir con muchos centros y sin monopolios a la vista. Una mañana donde el norte fronterizo marca el

rumbo, abre la marcha, revitaliza nuestra cultura.

La literatura bajacaliforniana: atisbos para su estudio

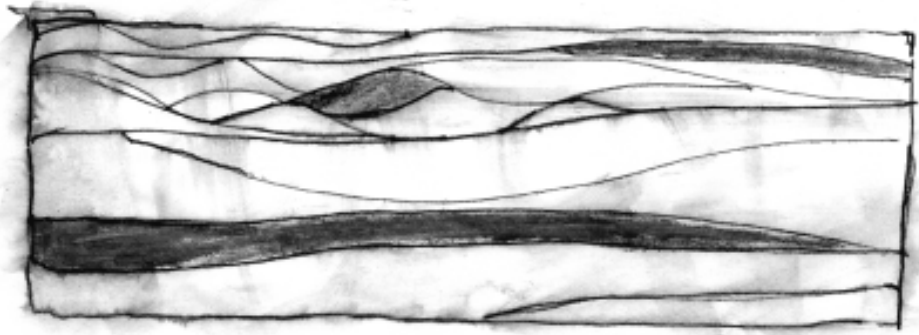
La guerra entre México y los Estados Unidos, a mediados del siglo XIX, hizo posible que una península olvidada de la nación mexicana dejara de ser una provincia más y se convirtiera, por las aciagas circunstancias de la historia, en una trinchera de nuestra cultura, en la vanguardia norte de Latinoamérica. Es decir: en una oportunidad para progresar y comerciar y modernizarse sin perder de vista las tradiciones propias, adaptando así lo mejor y lo peor de ambos mundos: la meritocracia, el individualismo, el lucro a toda costa, la tecnología de punta, la cultura como producto y mercancía.

Con el establecimiento de la frontera, convivir con el otro, con los otros, fue una cuestión de sobrevivencia, un acomodo entre dos conceptos distintos de la vida y la muerte, del arte y la cultura. Para los anglos era un territorio sin ley, un lugar para huir y gozar la vida a la mexicana: con fiestas y mariachis; para los mexicanos del sur la Baja California fronteriza no pasaba de ser una región usurpada por las compañías extranjeras vía la agroindustria, los casinos de juegos y las multitudes de turistas deseosos de aventuras exóticas. Pero también era una forma de ser contemporáneos, de estar al día, de no quedarse atrás ante el capitalismo rampante. Los bajacalifornianos como pioneros entusiastas y domesticadores decididos de la madre naturaleza. Lo industrial y lo trabajador como valores establecidos, como marcas de identidad.

Allí están como prueba la vida misma de María Amparo Ruiz de Burton, defensora de la cultura hispanoamericana frente a la anglosajona en sus obras literarias y a la vez una empresaria

en forma que dedicó buena parte de su vida a competir con los negociantes estadounidenses de ambas californias. Por otra parte, Héctor González unió la cultura norteña regiomontana de influencias neoclásicas con la cultura fronteriza bajacaliforniana de principios del siglo XX, el periodismo como empresa exitosa con el modernismo como evocación galante; o Pedro F. Pérez y Ramírez, quien introdujo el estridentismo en la entidad hacia 1929, mezcló lo revolucionario nacionalista con la crónica apasionada de la vida fronteriza, o Fernando Sánchez Mayáns, quien transformó el teatro bajacaliforniano al presentar dramas que sorteaban el simple costumbrismo y daban paso a obras existencialistas, a la manera de la experiencia poética lograda por los dramaturgos estadounidenses Eugene O'Neill y Tennessee Williams. Todos ellos crearon textos que trascendían los límites locales de la cultura de su tiempo y fueron puntos de orientación para las nuevas generaciones de las que fueron maestros y colegas, compañeros de aventuras y críticos severos. La frontera como oportunidad y desafío antes que como queja y lamentación.

En realidad, Baja California se transformó en apenas un siglo de un mundo de rancheros aislados (antes de ser frontera en 1848) en una región de empresarios y agricultores altamente productivos, ejemplo para el resto de la nación. Por eso, para 1952, Baja California pasa a ser el estado 29 de la federación mexicana, pues gracias a ser una zona libre de aranceles y ya bien comunicada se da el lujo de recibir con los brazos abiertos a gente de todos los rincones del país y del extranjero, incluyendo a chinos, japoneses e hindúes. Eso llevó a que nuestros escritores pioneros se lanzaran al ruedo de la literatura con textos de nostalgia al solar nativo (Florentino Pereira Ocejó) y con quejas



por el pochismo reinante o la ausencia de rasgos y costumbres auténticamente mexicanas (María Luisa Melo de Remes), en una entidad sin más arraigo que su propio desarraigo. Las excepciones, cosa curiosa, son los propios autores nacidos en Baja California (Valdemar Jiménez Solís) u otros estados norteros (Horacio Enrique Nansen), quienes ven la vida en la frontera, con sus mezclas e hibridaciones, no como problema sino como solución a los males de México.

Cuando uno lee la literatura bajacaliforniana, especialmente la escrita a mediados del siglo XX, uno descubre una poesía y una prosa que no pierde sus raíces chiapanecas (Límbano Domínguez), sinaloenses (Miguel Ángel Millán Peraza) o colimenses (Rubén Vizcaíno Valencia). A la vez, el panorama fronterizo que describen las obras de estos autores nacidos fuera de la entidad adquiere la categoría de infierno atosigante, de erial sin frutos artísticamente perdurables. *Calle Revolución* (1964) de Rubén Vizcaíno Valencia es el ejemplo supremo de una perspectiva que contempla a Baja California como un México degradado para complacer al turista extranjero, como una cultura por hacerse, hechiza, superficial, sin asideros en

la historia nacional. Un no-lugar donde el nacionalismo se purga como una toxina letal.

Pero esa visión tan poco comprensiva de las complejidades de la realidad fronteriza pronto quedó superada con la aparición de escritores nacidos y criados en la propia entidad, para quienes la hibridez fronteriza y las opciones multiculturales eran el pan de cada día, con lo que su literatura mostró esta mezcla de culturas en textos donde lo anglosajón y lo latinoamericano eran su basamento imaginativo, que lo mismo abarcaba la música de rock, los poetas beats, la cultura de los medios masivos de comunicación y el consumo como religión tácitamente aceptada, fielmente obedecida y adorada. Escribir desde la frontera norte bajacaliforniana fue, entonces, un mercado sobre ruedas de las primeras oleadas de la globalización en marcha: todos los temas y estilos se amalgamaban en obras que partían de tradiciones múltiples que poco caso le hacían a los prestigios inamovibles de la literatura mexicana. La literatura, como la vida, estaba en otra parte: siempre fuera de casa. Al otro lado de la línea fronteriza.

Esta generación es, vista las enormes diferencias estilísticas y temáticas que sus miembros manifiestan, como un grupo sin grupo que, como los Contemporáneos, tuvo por resultado la aparición de escritores prolíficos, con variados recursos literarios, que mostraron sus capacidades en una época favorable para la creación artística estatal (los años setenta, ochenta y noventa del siglo XX), cuando surgieron espacios institucionales e independientes que han servido y sirven de eficaces plataformas de sus propuestas creativas. Autores como Rosina Conde, José Javier Villarreal, Luis Cortés Bargalló, Roberto Castillo, Francisco Morales, Víctor Soto Ferrel, José Manuel Di Bella, Jesús Rincón Meza, Ernesto Trejo, Juan Martínez, Manuel Acuña, Ruth Vargas Leyva, Angel Norzagaray, Estela Alicia López Lomas, Manuel Valenzuela, Elizabeth Cazessús, Raúl Navejas, Eduardo Arellano, Martín Romero, Rael Salvador, Alma Delia Martínez, Flora Calderón, Hugo Salcedo, Juan Carlos Rea, Edgar Gómez Castellanos, Gloria Ortiz, Lauro Acevedo, Antonio Mejía de la Garza, Fernando Vizcarra, Alfonso García Cortés, Bárbara Colio o Raúl López Hidalgo.

Entre los libros básicos que funcionaron como brújulas para orientar la travesía escritural de esta generación y que hoy conforman la parte fundamental de nuestras letras, especialmente durante el último cuarto del siglo XX, hay que mencionar, entre muchos otros, a *Siete poetas jóvenes de Tijuana* (1974), *Angel de fuego* (1978) de Juan Martínez, *Caldo de pollo* (1979) de Oscar Hernández, *El día entre las hojas* (1981) de Ernesto Trejo, *Sal del espejo* (1982) y *La casa del centro* (2001) de Víctor Soto Ferrel, *Blues cola de lagarto* (1985) y *Cartografía del alma* (1987) de Roberto Castillo Udiarte, *Espantapájaros* (1999), *El festín de los cuervos* (2002) y *Codicilo* (2004) de Gabriel Trujillo Muñoz, *La ciudad que recorro* (1986) de Francisco Morales, *Mar del norte* (1988) y *La procesión* (1991) de José Javier Villarreal, *Trovargo* (1988), *En la madre, bohemios* (1991) y *Teatro de frontera 9* (2003) de Angel Norzagaray, *Nightfields* (1991) de Gilberto Zúñiga, *El gran pretender* (1992), *Estrella de la calle sexta* (2000) e *Idos de la mente* (2001) de Luis Humberto Crosthwaite, *Donde las voces se guardan* (1993) de Marco Antonio Samaniego, *Aves amaestradas* (1993) de Raúl López Hidalgo, *Piedra de serpiente*

(1993) de Luis Cortés Bargalló, *Altas horas* (1997) de Fernando Vizcarra, *El viaje de los cantores* (1990), *Telón abierto* (1997) y *21 obras en un acto* (2002) de Hugo Salcedo, *Jefe de jefes* (2002) de Manuel Valenzuela, *Días de hierro y malaquita* (2003) de María Eugenia Bonifaz, *Esas plazas insomnes* (2003) de Eduardo Arellano, etc.

Y así llegamos a la literatura que Baja California ha comenzado a producir en los últimos años (de 1990 en adelante), con generaciones de jóvenes dispuestos a encontrar sus propios cauces expresivos, su propio lenguaje. La primera señal de una nueva mutación literaria vino con la aparición de *Contracultura menor* (1991), el fanzine pionero de Fran Ilich (Tijuana, 1975). Ilich es el introductor no sólo de los fanzines en la escena literaria bajacaliforniana sino que es el explorador compulsivo en la nueva frontera del internet, la multimedia y la realidad virtual, así como el autor de *Metro-Pop* (1997), la novela que, desde el lado mexicano fronterizo, responde a los manifiestos autoindulgentes de la generación X. Antes que Rafa Saavedra y Heriberto Yépez tuvieran sus quince minutos de fama, Fran Ilich es la primera voz narrativa que toma a la frontera norte como lo que realmente es: un juego interactivo, una pantalla líquida donde se refleja el mundo en su belleza vacía, en su dolor placentero, en su asco permanente.

En contraste con la posterior melancolía *cool* de Saavedra o la exaltación del costumbrismo cínico de Yépez, Ilich es un viajero natural del ciberespacio, un surfero intuitivo/instintivo en la ola del cambio virtual que no piensa volver al universo unidimensional de la escritura. Alguien que no siente lástima o sentido de culpa por vivir a plenitud las oportunidades que brinda la frontera para autoexpresarse, para ser libre sin pedirle permiso a nadie.

Un norteño sin taca-taca ni pose de filósofo políticamente correcto, sin actitud de profeta del internet o gurú de su propia generación. Sólo un joven que no puede evitar la realidad con sus problemas de «sida, drogas, violaciones, películas tontas, un desinterés por todo» y que reconoce que el mundo es una rutina aburrida, una broma barata → *life is cheap*»- a la que hay que sacar el mejor provecho. Escribir es un acto de sobrevivencia para mantener la cordura y, a la vez, un acto de resistencia desde el humor. Ilich se ríe cuando le dicen que Tijuana es el futuro de México: «esta primitiva urbe que es considerada como una de las ciudades más adelantadas de este país (¡Pobre país!)», porque en esta ciudad-mito fronterizo la libertad, como en todas partes, necesita ser ejercida cotidianamente, requiere del ejercicio ciudadano, del compromiso de no quedarse callado ante el estado policial de nuestros días.

En todo caso, Baja California es una experiencia límite tanto en la vida cotidiana, con sus conflictos entre permisividad y represión social, como en el panorama de la literatura nacional, tan centralista ahora como hace cien años, donde nuestra entidad juega un papel de imaginario contrapuesto al Distrito Federal, como espacio cultural alternativo con sus propias leyes de creación. Desde su posición periférica, nuestros escritores jóvenes han resuelto seguir su camino sin lastres literarios afines a una literatura que carece de diversidad de tonos y temas frente al México de hoy, un país que es, en realidad, muchos Méxicos, cada uno con sus diferencias culturales y sus singularidades creativas.

Por eso, antes que un espejo de las dolencias nacionales o un vertedero de prejuicios centralistas, la frontera norte que la literatura bajacaliforniana representa admite, a últimas fechas, nuevas variables de creación, como un *table*

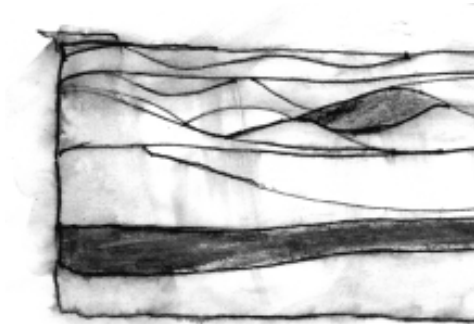
dance de nuestras obsesiones colectivas como sociedad de consumo. No un lugar peor o mejor que otros. Sólo una clase distinta de utopía. Una utopía falsificada pero que aún funciona en el *swap meet* del mundo globalizado. El anuncio de que todo es posible aunque nada sea auténtico. Un mercado libre, incluyendo sus propias bendiciones y censuras, a la vista de quien tenga dinero en el bolsillo, ganas de ser su propio espectáculo y deseos de saltar a otras realidades sin red protectora.

Para ejemplos paradigmáticos ahí están *Berlín 77 (y otros relatos)* (2003) de Carlos Adolfo Gutiérrez Vidal (Mexicali, 1974) y *La saga. Una noveleta filosófica* (2003) de Alejandro Espinoza (Mexicali, 1970), dos libros que ya constituyen sendas exploraciones en los universos del hipertexto en Gutiérrez y de la metanovela en Espinoza; dos ampliaciones de la narrativa bajacaliforniana como relatos que acuden a la literatura infantil a la *Platero y yo* para sumarle de inmediato imaginaria *snuf*, rutinas *slapstick* a la Groucho Marx y una radiografía irónica de la clase media fronteriza (en Gutiérrez Vidal), mientras que Alejandro Espinoza mezcla una investigación literaria con una novela desquiciante a la manera de Salinger, De Lilo y Pynchon, añadiéndole por último una serie de creaciones paranoicas que hacen de la vida de un veterano de Vietnam, uno que vive en una cuartería de la frontera, el personaje de una saga gozosamente seria en sus postulados filosóficos. Esta novela es un cuadro pintoresco de personajes inolvidables que en Mexicali resucitan, de un modo trágicamente divertido, las aventuras de Pantagruel y los exabruptos de tipos genialmente villonescos en sus locuras y percances. Gracias a autores como Gutiérrez Vidal y Espinoza se despliegan nuevos rumbos de la imaginación más perturbada y esquizoide, espacios que

dan la bienvenida a filósofos vagabundos y asesinos en serie, vidas de cuadritos caracterizadas por su vivir fronterizo: «tortura y vejación, aburrimiento, humillaciones y vicios, vacíos espirituales y desdenes corporales», como lo asegura Alejandro en su novela, «un carrusel de vertiginosas naderías» en los «tiempos de la nada».

De ahí que la literatura bajacaliforniana actual esté representada lo mismo por autores que ven a la frontera como un laboratorio experimental de la conducta humana, que como una zona de pruebas de vidas extremas en sus pasiones y conceptos, a la vez que aparecen escritores que son cibernautas profesionales que ya no se interesan por responder a realidades localistas sino a flujos universales de conocimiento y de creación. La literatura como simulacro y *performance*. Un *blog* para llenarlo con sus propias diversiones y aversiones, bitácora de necedades y necesidades que convierten a la literatura en un diario narcisista que refleja los pequeños mundos, los purgatorios personales, de cada autor. Véase allí *Lejos del noise* (2003) de Rafa Saavedra y *El matasellos* (2004) de Heriberto Yépez, relatos límite que apuntan a la mezcla genérica, donde el ensayo y la crónica de situaciones, estados de ánimo o recursos híbridos le ganan a la narrativa en sí, restringiendo voluntariamente la audiencia de sus obras a los fans de la cultura pop (en Saavedra) y a los académicos postestructuralistas (en Yépez).

Otra zona abierta que ha surgido con fuerza innegable es la creación literaria escrita por mujeres. Como nietas de María Amparo Ruiz de Burton, como hijas de Ana Lagos Graciano y María Luisa Melo de Remes, como hermanas menores de María Eugenia Bonifaz y Rosina Conde, las nuevas generaciones de escritoras saben que su labor es doble: escribir desde una perspectiva



desafiante con el orden establecido que aún hace de la mujer una ciudadana de segunda categoría y mantener una escritura que vaya más allá de los clichés literarios de nuestra cultura para fundamentar obras trascendentes por sí mismas y no sólo por las ideas que defienden o plantean. Autoras como Adriana Sing, Flora Calderón, Elba Cortez, Laura Jáuregui, Amaranta Caballero, Paulina de la Cueva, Elizabeth Algravez, Bibiana Padilla, Karla Mora Corrales, Patricia Blake, Paula Elena Castillo, Abril Castro, Martha Nélide Ruiz, Alicia Montañez o Alejandra Rioseco son parte de este movimiento que abre nuevos discursos –más libres en su lenguaje y expresiones, menos inhibidos a la hora de decir las cosas por su nombre- a la poesía y a la narrativa de la entidad.

Y es que en estas nuevas capas de escritores y escritoras bajacalifornianos se revela muy bien el siglo XXI y el entorno en que viven, la frontera y las ciudades que son suyas a fuerzas de recorrerlas o imaginarlas, es un impulso que no se agota aún en sus textos, una fuerza vital que los mantiene a la expectativa del mundo en todos sus placeres y en todas sus desdichas. Una generación que, como lo apunta Carlos Gutiérrez Vidal en su blogspot, carece de lecturas comunes, de maestros a

seguir, de «escuelas literarias concretas que nos marquen una pauta». Como la idiosincrasia fronteriza, las letras bajacalifornianas están hechas «de voces individuales», sin identidades claramente definidas, sin más soporte que una realidad en continuo predicamento, como un espejismo –espejo de uno mismo- que es línea de fuga hacia el futuro, promesa de nuevos poemas y relatos, de inéditas experiencias y sapiencias. Lo que la frontera norte, desde Baja California, agita y fragua, enturbia y transparenta. La suma de nuestros predicamentos y promesas que debemos compartir, ya sea frente al papel o la pantalla, en diálogo abierto o en discusión crítica, como signos por descifrar, como textos por resolver. ▲

